

“Tratad a los demás como queréis que ellos os traten.” (Mt 7, 7-12)

Estamos ante la “norma de oro” que debe orientar nuestras relaciones interpersonales. Jesús, al referirse a ella, afirma: *“en esto consiste la Ley y los profetas”*. Podemos decir que es otra versión de la ley del amor: *“Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos”*.

Todos necesitamos amar y ser amados, respetar y ser respetados, escuchar y ser escuchados, comprender y ser comprendidos, perdonar y ser perdonados, reconocer y ser reconocidos.

Sin embargo, debemos asumir que en nosotros convive la tendencia a exigir comprensión, escucha, respeto, perdón, amor... de manera unilateral. Somos especialmente sensibles cuando alguien no corresponde a esas expectativas al tiempo que nos cuesta valorar suficientemente las sensibilidades ajenas.

Desde la psicología decimos que son nuestras inconsistencias, desde la fe hablamos de pecado de egoísmo. Jesús fue un magnífico pedagogo al ponernos como medida del amor al prójimo nuestras propias necesidades.

La cuaresma nos brinda un tiempo magnífico para entrar en nosotros mismos, reconocernos en nuestros sueños y debilidades, llevar a la conciencia esas actuaciones que a fuerza de cotidianeidad se van convirtiendo en actitudes que no construyen fraternidad. La cuaresma nos invita a tomar el timón de nuestras conductas y apostar por lo que todos queremos: amar y ser amados.

La inercia conductual es lo que más daño nos hace. Nos quita la libertad y genera mecanismos de autodefensa tan intrincados que terminamos desvirtuando la realidad, con tal de lavar nuestra autoimagen. Entonces a la crítica destructiva la llamamos realismo, a la hipocresía la camuflamos de responsabilidad, al descontrol conductual lo justificamos por “nuestro carácter”, a la envidia la escondemos en sesudas reflexiones sobre las debilidades ajenas.

Debemos reconocer que tratar a los demás como queremos ser tratados implica una dura ascesis de nuestras tendencias egocéntricas.

¿Tiene esta llamada alguna aplicación para la Hospitalidad? Parodiando a Jesús podemos afirmar que en ella reside el corazón de la mística Hospitalaria. No hay mejor ejercicio para cualificar nuestro compromiso asistencial o educativo, que el ponernos en el lugar de nuestros destinatarios y tratarlos como nos gustaría ser tratados.

Daniilo Luis Farneda Calgaro PASTORAL

ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL

